

La construcción de un legado:
HISTORIA DE LOS SETENTA Y CINCO AÑOS
DEL INSTITUTO JORGE ROBLEDO



La construcción de un legado: historia de los setenta y cinco años del Instituto Jorge Robledo / compilador Jairo Campuzano-Hoyos. – Medellín : Editorial EAFIT, 2024.

264 p. ; 27 cm. – (Dos Tintas)

ISBN: 978-958-720-925-9

ISBN: 978-958-720-926-6 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-927-3 (versión PDF)

1. Instituto Jorge Robledo (Medellín, Colombia) – Historia. 2. Escuelas privadas – Historia – Medellín, Colombia. 3. Educación cultural – Historia – Medellín, Colombia. 4. Instituto Jorge Robledo (Medellín, Colombia) – Fotografías. 5. Iglesia y Educación – Historia – Medellín, Colombia. 6. Maestros – Biografías – Medellín, Colombia. 7. Educación secundaria – Historia – Medellín, Colombia. I. Campuzano-Hoyos, Jairo, comp. II. Melo, Jorge Orlando, pról. III. Tít. IV. Serie
373.86126 cd 23 ed.
C758

Universidad Eafit- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Primera edición: septiembre de 2024

- © Jorge Orlando Melo González, Jairo Campuzano-Hoyos, Joan Manuel Largo-Vargas, Evelyn Jiménez Tapias, Flor Ángela Marulanda Valencia, Diana Londoño-Correa, Leidy Diana Uribe Betancur, Natalia Tabares Tamayo, Santiago Muñoz Agudelo, Juan Sebastián Marulanda Restrepo, José Alejandro Cruz Giraldo, Jorge Andrés Suárez Quirós
- © Editorial EAFIT
Carrera 49 No. 7 sur - 50. Medellín, Antioquia
<http://www.eafit.edu.co/editorial>
Correo electrónico: obraseditorial@eafit.edu.co
- © Instituto Jorge Robledo

ISBN: 978-958-720-925-9

ISBN: 978-958-720-926-6 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-927-3 (versión PDF)

DOI: <https://doi.org/10.17230/9789587209259lr0>

Edición académica y compilación: Jairo Campuzano-Hoyos

Investigación histórica y gráfica: Natalia Tabares Tamayo y Jorge Andrés Suárez Quirós

Corrección de textos: José Alejandro Cruz Giraldo

Diseño y diagramación: Hugo Vásquez Echavarría

Imagen de carátula: Gabriel Carvajal Pérez, Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto (AFBBP)

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018



Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia



Prólogo

<https://doi.org/10.17230/9789587209259prol>

Jorge Orlando Melo

Bogotá, 15 de julio de 2024

Entré al Instituto Jorge Robledo (IJR) en 1949, el año de su fundación. Tenía seis años, pero leía hacía dos. Por ello, mi padre insistió en que me pusieran en el segundo año. Allí estuve dos semanas, hasta que quedó claro que no tenía la velocidad de lectura y escritura requerida, y me pasaron a primero: abandoné al maestro Heriberto Murillo por el salón de don Iván Tirado. En primero, leímos *La alegría de leer*. Me llamó la atención que en este texto se hablaba en pro del cogobierno escolar, de que los niños pudieran participar en el manejo del salón. Y así era en el Jorge Robledo: decidíamos cuándo arreglar el salón, qué adornos poner y dónde colgar los cuadros; discutíamos sobre qué libros leer y qué castigos debían aplicarse. Este fue siempre el ambiente del Instituto, el cual fue fundado por dos educadores, Miguel Roberto Téllez y Conrado González, docentes conservadores formados en el movimiento de la Escuela Nueva que influyó en la educación colombiana en los años veinte y treinta. Ambos fueron amigos de Agustín Nieto Caballero y conocieron el Gimnasio Moderno, creado en 1914 en Bogotá.

Téllez oyó a Octavio Decroly en las conferencias que dio en Bogotá en 1925. Cuando estas se publicaron en 1932 por el Ministerio de Educación provocaron el rechazo del arzobispo Ismael Perdomo, pues pensaba que el autor buscaba “el monopolio de la educación por parte del estado, la coeducación de los sexos y la tolerancia religiosa en la escuela”.¹ Posteriormente, Téllez viajó a Europa, becado por el gobierno. Al volver a Colombia, fue nombrado vicerrector y rector de

Me llamó la atención que en este texto se hablaba en pro del cogobierno escolar, de que los niños pudieran participar en el manejo del salón. Y así era en el Jorge Robledo...

Notas

- 1 Julio Santiago Cubillos Bernal, *Agustín Nieto Caballero y el proceso de apropiación del pensamiento pedagógico y filosófico de John Dewey* (Cali: Universidad del Valle, 2007), 16.

la Escuela Normal de Medellín, en 1934. Cuando un estudiante arrojó un Cristo desde un piso alto, su castigo fue considerado “débil” por el obispo de Medellín y el gobierno mandó a Téllez a Barranquilla como visitador escolar. Regresó a Bogotá, pero nuevamente tuvo conflictos con la curia, esta vez por enseñar en un colegio público lo que había aprendido en Europa: por hablar de las sensaciones y no de la “unidad” del alma. Y volvió a Medellín, a la misma Escuela Normal de Medellín, en la Ladera, donde estuvo hasta 1949. Allí pasó más de diez años, acompañado de Conrado González, quien fue usualmente el vicerrector, así como de otros educadores locales que fueron siempre sus amigos y a veces le ayudaron en el IJR, como Gerardo Tapias, Humberto Upegui y otros.

Por su parte, Conrado, que se había formado en el Seminario Eudista de San Pedro, se graduó a fines de los treinta en la Escuela Normal Superior de Bogotá. Fue el único conservador becado por el ministro de Educación liberal Luis López de Mesa. Esta excepción se debió, según la tradición familiar, a que había compartido escuela primaria con el padre de don Conrado en San Pedro (Antioquia). Tanto Téllez como Conrado siguieron escuelas pedagógicas que promovían la responsabilidad y la independencia de los estudiantes y buscaban superar una educación basada en aprender de memoria, en el autoritarismo y la disciplina religiosas, en reglas obligatorias y sanciones fuertes.

El liberalismo promovió las ideas de la Escuela Nueva y la Escuela Activa hasta 1946, pero el nuevo régimen conservador, a partir de este año, insistió en la importancia de que la educación, como lo decía la Constitución, se basara ante todo en la fidelidad hacia la enseñanza católica. Esto produjo grandes tensiones durante el régimen liberal (1930-1946) que llevaron a la nacionalización de algunos colegios administrados por religiosos, así como a la creación de la Universidad Pontificia Bolivariana en Medellín y de la Universidad Javeriana en Bogotá, refugios para las ideas católicas que se sentían atacadas. En Medellín, desde el siglo XIX, la enseñanza religiosa predominaba. En los años cuarenta no había ningún colegio privado de prestigio que no estuviera vinculado con alguna orden religiosa, como el San José con los hermanos cristianos o el San Ignacio con los jesuitas; otros tenían maestros salesianos o agustinos.

En medio de los procesos de modernización económica y social que atravesaba el departamento, muchos padres hubieran preferido educar a sus hijos en un ambiente de tolerancia y respeto a las ideas ajenas, que juzgaban más apropiado para formar dirigentes de élite, flexibles y capaces de imponerse por su independencia y la seriedad de sus razonamientos. Desde los conflictos con Caro y Núñez, la clase alta antioqueña, aunque tenía a algunos de los dirigentes conservadores más importantes del país, se había

acostumbrado a buscar transacciones y acuerdos, a lograr cierta autonomía regional, que le permitiera a liberales y conservadores locales orientar conjuntamente la economía y la cultura. Dicha clase estaba muy influenciada por el republicanismo, movimiento que en 1910 encabezó Carlos Restrepo y que hizo que los dirigentes empresariales y políticos de Antioquia, de ambos partidos, miraran con reservas el aumento del antagonismo político. Por eso, el Jorge Robledo, con su tono de religiosidad sin fanatismo, con su cara de colegio apolítico, con su lenguaje de respeto por todas las ideas políticas y religiosas, con su creencia en que la educación debía respetar los rasgos de cada estudiante, resultaba muy atractivo. Allí los liberales podían mandar a sus hijos sin que tuvieran que oír frecuentes diatribas contra su partido, mientras que los padres buscaban, en las juntas de las industrias, hacer alianzas con empresarios de otras orientaciones.

El IJR mantuvo muchos rasgos que se derivaban de la experiencia de la Escuela Nueva, al menos en la retórica que oíamos. El rector y el vicerrector (Téllez y González) decían que era un “colegio de puertas abiertas”, que no tenía portero: la portada del parqueadero estaba siempre abierta y uno podía irse al cine, si quería, pues ir a clase solo servía si uno lo hacía por gusto. Las puertas las pusieron después de 1980, cuando los nuevos rectores sintieron que había que separar al colegio de los barrios de invasión que lo

rodeaban. Tampoco era un colegio confesional: una de sus diferencias fundamentales con el San Ignacio de los jesuitas y el San José de los hermanos cristianos era que no había que ir a misa dominical. Había una misa al mes, el primer viernes, en la que algunos –los que querían– comulgaban. Una vez regañaron a un compañero que estaba sentado junto a mí, porque estaba leyendo una novela –de García Márquez, creo– mientras el cura decía misa. Le dijeron que no tenía obligación de asistir, pero que si decidía ir debía respetar a los otros estudiantes y leer una novela era un irrespeto. En las clases de religión uno podía discutir, estar en desacuerdo con el profesor, decirle “Padre, esa prueba de la existencia de Dios parece un sofisma”.

El Instituto Jorge Robledo tuvo Gobierno Escolar. Desde 1953, Conrado y Téllez vendieron el colegio, que quedó en propiedad de algunos padres de familia y bajo el control de una “Junta Directiva”, en la que además de los accionistas principales estaban el representante de la curia –casi siempre monseñor Buenaventura Jáuregui, obispo auxiliar de Medellín– y un representante de los estudiantes. Esta Junta, o Consejo Directivo, tuvo que decidir, por allá en 1958, qué hacer con los estudiantes que se habían beneficiado del robo de las “tesis”, como se les llamaba entonces a los cuestionarios de los exámenes finales. Todo terminó en una sabia transacción, que combinó el castigo y el perdón, impulsada en buena parte por

el obispo, pero respaldada por el rector y el vicerrector: los estudiantes se expulsaron (¡todo el sexto año!), pero el IJR les expediría el título propio si terminaban su bachillerato en otro colegio, mostraban arrepentimiento y pasaban los exámenes respectivos. Así ocurrió y, finalmente, casi todos volvieron a graduarse como robledistas.

El colegio daba mucho espacio a la participación cultural de los estudiantes. La dirección de la *Revista Instituto Jorge Robledo*, la publicación oficial del colegio, incluía estudiantes a los que les gustaba la literatura. Este gusto acabó también creando problemas: no por publicar a Amílcar-U y a otros nadaístas (el colegio sabía que los estudiantes se mantenían conversando con los nadaístas en los cafés de Junín), sino porque sacaron –nadie hizo vigilancia o revisión (la autonomía se tomaba en serio)– un cuento de Jacques Prévert en el que a un niño le cuentan, en tono de broma y para tranquilizarlo, pues acaba de decapitar a su hermanito, que la mamá mató al papá hace años y lo escondió, ¡en el sótano! Muchos padres protestaron por esta narración y la revista se controló más en adelante. Los directivos también respaldaron a un estudiante que dirigía un periódico estudiantil, cuando participó en un congreso de periodistas y apoyó una votación que impidió que la asociación se declarara católica, lo que parecía a muchos redundante e inútil: ser periodista, como ser médico, dependía de cosas diferentes a ser

católico, y los protestantes y judíos también podían serlo.

Creo que los incentivos para crear el gusto profundo por la literatura, más que con la promoción en concursos de cuento y otros programas, tuvo que ver también con la amplitud de fuentes. En la primera clase de francés, dada por Conrado después de su viaje a Francia en 1953, este nos hizo traducir un breve texto que escribió en el tablero y que comenzaba “Aujourd’hui, maman est morte. Ou peut-être hier, je ne sais pas” que, dijo, era la primera línea de *El Extranjero*, del escritor existencialista Albert Camus. A la salida del colegio, muchos fuimos a comprar a este escritor en la librería que había en la Alianza Francesa. Otros lo compraron en las traducciones argentinas que se conseguían en la Librería Nueva, de la familia de uno de nuestros compañeros.

También el Jorge Robledo mostró su amplitud cuando permitió que sacáramos un periódico estudiantil, *Opiniones*, “órgano de los estudiantes del IJR”, que nunca tuvo ninguna censura, y que muchos padres ayudaban a financiar con avisos de sus empresas o de las compañías donde trabajaban. Todo lo anterior quiere subrayar algo: el Instituto fue, durante los años cincuenta, cuando fue dirigido por Téllez y Conrado, un buen ejemplo de un tipo nuevo de colegio. Lai-co, pero que evitaba entrar en conflictos con la curia; apolítico, atractivo para los empresarios, pero promotor de la solidaridad social; preocupado por formar “dirigentes”, pero ante todo gente capaz

de trabajar y decidir con independencia; con buen dominio de los conocimientos técnicos, pero con atención al deporte, el arte y la literatura. Los otros colegios de clase alta de Medellín eran muy parecidos en la enseñanza misma, con maestros similares, pero si no eran bilingües o de una comunidad nacional (gringa, francesa o judía), tenían la marca religiosa: había que rezar al comenzar el día e ir a misa una vez por semana. Los padres menos autoritarios preferían sin duda al IJR, y a él vinieron muchos de los que tuvieron problemas en otros colegios o tenían familias poco usuales (padres separados y nuevas mamás, por ejemplo).

Al comienzo, el Instituto tenía fama de recibir a los que echaban de otras instituciones, pero muchos probablemente llegaron por elección de los padres. Pronto se convirtió en el modelo regional: un buen colegio, con aperturas cuidadosamente calculadas. No tenía banda de música ni había desfiles militares, no se hablaba del homosexualismo, pero se entendía, calladamente, que había que aceptarlo; no había educación sexual, pero las clases de biología daban elementos para una visión menos autoritaria del tema. Así, desde los primeros años, el colegio se fue volviendo el sitio de elección para padres innovadores y experimentales, los que querían ensayar algo nuevo en la empresa y, al mismo tiempo, buscar una educación más creativa para sus hijos.

En esos años, no hubo coeducación en bachillerato. Los fundadores trataron de establecerla, pero cedieron a la

oposición de la curia y solo a finales de los setenta se graduaron las primeras bachilleras, como se cuenta en este volumen. Tampoco hubo proyectos muy innovadores. El inglés se enseñaba, pero sin la idea de convertir al colegio en una institución bilingüe; el arte, la literatura y el deporte tenían buen espacio, pero no se habían convertido en elementos expresos del proyecto educativo, como se ve que ocurre en los últimos cincuenta años del colegio, narrados con detalle en esta obra.

Este esquema dio resultados. Para 1959, el colegio competía con el San Ignacio y el San José (ambos religiosos) por los mejores resultados en la prueba que en esa época medía la excelencia docente: los exámenes de entrada a la Escuela de Minas de la Universidad Nacional. Ya era uno de los mejores colegios y esto fue confirmado después, con las pruebas ICFES y PISA. Pero sobre todo era un colegio distinto, con otra mentalidad, otra disciplina, basada tanto en el autocontrol y la autodisciplina, como en el ejercicio de la responsabilidad y la libertad individuales, y no en el cumplimiento de un listado de reglas externas.

Conrado y Téllez formaron a muchos de los maestros de Medellín en estos años. Primero en la Normal y después dándoles oportunidades para aprender en la práctica, no en seminarios ni en cursillos, sino trabajando en el Instituto Jorge Robledo y resolviendo problemas bajo su orientación. Muchos como Hernando Sánchez, Fabio Heredia, Rómulo Naranjo, Humberto Upegui,

Gerardo Tapias o Josefina Muñoz terminaron como docentes o directivos de facultades de pedagogía o humanidades, o ayudaron a fundar nuevas instituciones como la Universidad Autónoma Latinoamericana. Otros fueron directores o docentes en los colegios de la ciudad y el departamento. Sin mucho alarde, la educación antioqueña cambió mucho y el nivel del profesorado mejoró. Conrado mismo fundó otros colegios, después de que, tal vez por la crisis de 1958 y 1959 (la de las “tesis”), se retiró del colegio y se fue a trabajar al Ministerio de Educación. Mientras tanto, Téllez, probablemente afectado también por el incidente, se fue a la Universidad de Antioquia, donde fue el segundo decano de la facultad de Ciencias de la Educación.

En estos años la educación regional cambió. El gobierno nacional y departamental estaba empeñado en ampliar la cobertura de la educación pública y en organizar la educación, definir con claridad qué era primaria y qué secundaria. Los colegios privados se pusieron de moda: imitando al Jorge Robledo se fundaron colegios privados en fincas de Robledo, Envigado, Sabaneta o Rionegro, casi todos orientados por las nuevas pedagogías. Retirados Téllez y Conrado –aunque el primero mantuvo siempre algún tipo de vínculo–, el colegio siguió manejado por los padres de familia, dueños e inversionistas. Estos cambios terminaron afectando al colegio: como ya había tantos colegios similares, la demanda se fue dispersando. Además, como el siste-

ma público había creado nuevas instituciones como el Marco Fidel Suárez, los INEM, etc., la oferta aumentó.

Como se ve en este libro, que sigue con detalle los debates del Consejo Directivo, los años posteriores a 1970, en general, fueron difíciles y llevaron a diversas crisis, a conflictos entre el Consejo de Administración y los rectores: el colegio veía disminuir sus ingresos mientras crecían los gastos y, año tras año, el Consejo tenía que hacer cuentas y esforzarse por encontrar mecanismos para subir las pensiones o reducir los costos, en un ambiente más regulado por el Estado y más exigente. Este libro, basado en buena parte en la revisión de las actas del Consejo, aunque usa muchas otras fuentes diferentes, se concentra en las minucias administrativas, mejor reflejadas en esas actas que los conflictos diarios con docentes o estudiantes, los matices en la orientación pedagógica promovida por directivas y profesores o lo que pasaba en los salones de clase.

Esta obra cuenta esa historia poniendo, como debe ser, el énfasis en la historia interna del colegio. Su precedente fue un volumen publicado en 2019 en el que se abordaron los primeros setenta años del Instituto y que se concentró en el período posterior al retiro de los fundadores. Sin embargo, esta nueva publicación incluye el relato de estos años iniciales, así como los primeros once y los siguientes sesenta y cuatro, en los que el colegio

se consolidó y, en cierto modo, hizo un esfuerzo cuidadoso y consciente por aplicar unas reglas pedagógicas, ahora expresas y repetidas con frecuencia. El IJR fue construyendo un ambiente físico apropiado y una infraestructura cuidadosamente definida, con buenos equipos e instalaciones. Un buen colegio, pero ya no tan excepcional, porque casi todos los colegios de Antioquia, sobre todo los privados para familias ricas, los del Poblado y Llanogrande, querían, hasta cierto punto, imitarlo y así lo fueron haciendo.

Hay un obvio contraste entre los años iniciales, bajo la orientación de Téllez y González, y las décadas que van de los sesentas hasta los noventas, cuando, bajo un ambiente público de mayor experimentación, otros asumieron la rectoría, entre los que resalta Federico García Posada. Aprobado el Frente Nacional en 1957, se produjo la ampliación y la modernización rápida de la educación pública. Por ejemplo, hubo una obligación constitucional de dedicar al menos el 10% del presupuesto nacional a la educación, lo que redundó en la reforma universitaria –campus, creación de facultades y departamentos, profesores de tiempo completo– y la creación de colegios. Entre tanto, el Jorge Robledo se dedicó a aplicar con finura la metodología definida por los creadores, sin grandes innovaciones.

Desde los años sesenta y setenta, el Jorge Robledo reiteró, refinó

y puso en práctica los principios de los educadores iniciales, pero perdió algunos de sus mejores docentes, que se fueron a las universidades o a la dirección de las instituciones públicas. Simultáneamente, se fueron creando muchas escuelas privadas orientadas por principios más o menos innovadores, eventualmente laicas e integradas con hombres y mujeres. Aprobada la Constitución de 1991, en el país se hizo común una retórica educativa más abierta, con énfasis en la formación propia y la autonomía, al igual que en la creatividad y el desarrollo libre de la personalidad. Por su parte, el IJR adaptó variantes de la Escuela Activa. En Medellín se construyeron, entre 1992 y 1998, al menos doce nuevos colegios públicos, cuando entre 1930 y 1992 se habían hecho solo tres.

Leer este libro sobre los setenta y cinco años del Jorge Robledo permite ver el cambio tan fuerte que se produjo en Medellín y Antioquia sin que mucha gente se diera cuenta; uno de esos cambios callados que han transformado más a fondo la vida de la gente de la región. Además, cómo el colegio mismo, al tiempo que era copiado por decenas de colegios de la región, públicos y privados, se fue convirtiendo en un colegio que seguía, pero sobre todo reiteraba y promovía en voz alta las consignas de la pedagogía moderna, las reglas de la Escuela Activa, ahora expresas, sobre todo después de que ya esto no era tan raro.

